

ALBERTO MASFERRER

El Libro
de
La Vida

OTECA POPULAR

EL LIBRO DE LA VIDA

PORTICO

Deseo publicar en pequeños folletos y bajo el nombre de "El Libro de la Vida" mis artículos y ensayos vitalistas. Este es el primero de la serie, y seguirán los otros cuando sea posible.

Desde el año de 1902, mi trabajo literario comenzó a orientarse en una dirección vitalista; ya en 1905, esa tendencia predominó en mí, al grado de que todas mis actividades en la enseñanza, en la vida social, en la literatura, en el periodismo y en la política, se tiñeron acentuadamente con los matices del vitalismo. Desde el año 27 hasta hoy, no hice otra cosa sino allanar el sendero y ampliarlo, a fin de convertirlo en camino ancho y claro.

Además de mis artículos vitalistas, numerosos, he publicado algunos folletos insinuadores de la doctrina. por ejemplo: "Cartas a un Obrero", "Las Nuevas Ideas", "El Dinero Maldito", "Helios" y "La Religión Universal". Desde diversos puntos de vista, lo que se afirma en todos ellos es la **misma idea: que la Vida es Una**, y sus corolarios consiguientes, a saber: que para toda criatura —planta, animal u hombre,— el valor supremo es la propia vida; que todos aspiran a la vida íntegra; que la Naturaleza ha provisto a la satisfacción de esos anhelos; que la esencia de todas las religiones civilizadas es reconocer y vivir la afirmación de que **la vida es Una**; que la filosofía eficaz y trascendente, demuestra y confirma la misma verdad; que la moral, si no se encamina a procurar, o por lo menos a no estorbar la vida íntegra para toda criatura, es vacía o perniciosa; que el Arte y Ciencia no deben nunca negar o contrariar esa Verdad Suprema, y que culminan cuando la sirven.

En los últimos cinco años, esas ideas se esclarecieron, y se enlazaron, se ordenaron en mi pensamiento alcanzando una cristalización que denominé **Vitalismo**: doctrina sintética de la vida, que es a la vez filosofía, religión, arte, ciencia, moral, economía y derecho.

Una aplicación de esta doctrina a la Sociedad humana, desde el punto de vista meramente económico, es la que esbocé en mi ensayo titulado "**El Mínimun Vital**", cuya síntesis dice: que el Régimen Social puede y debe organizarse de tal manera, que para todos los asociados haya la posi-

bilidad segura de disfrutar de un **Mínimun de Vida Integra**.

Como era de esperarse, aquellos que labraron grandes fortunas usurpando la mayor parte del trabajo ajeno; aquellos que van en camino de la riqueza, mediante el mismo arbitrio; aquellos que esperan convertirse en privilegiados mediante la misma inícuca explotación; y finalmente, aquellos cuyo beneficio y regalo radican exclusivamente en servir a una clase social adinerada y poderosa, se alzaron iracundos contra una doctrina que cercena y limita sus privilegios. Y como la ira es ciega, y como los injustos, —cuando la injusticia es su negocio— caen fácilmente en la ira, —y ya cegados, no reparan en medios,— resultó que la doctrina del **Mínimun Vital** fue denigrada, escarnecida, atribuida a móviles ruines, confundida de propósitos con doctrinas diferentes y hasta opuestas, y por fin, calificada de bolsheviquismo, que es la hazaña mental más osada a que se han atrevido los maliciosos y los ignorantes de estas tierras.

La batalla larga y reñida, librada con esos malandrines, y la natural indignación del ánimo a que se ve arrastrado el que se defiende contra enemigos tan sin escrúpulos, fueron causa de que varios de mis artículos se impregnaran de acritud y virulencia, con daño muchas veces de la claridad y de la serenidad que convienen a la doctrina pura.

Ahora, gracias a Dios, la doctrina del **Mínimun Vital** no necesita ya descender a los tremedales donde los plumarios amasan su pan y su gloria. Hombres de limpia y alta mentalidad, —los más altos de América— han escuchado la palabra vitalista, unos aceptándola, otros corrigiéndola, otros rechazándola, pero todos ellos gozosos de que un escritor hispanoamericano fuera el autor de una doctrina que venía a enriquecer la ideología del Continente, y a fortalecer la esperanza de que vendrá una era de justicia y de cordialidad, muy más alta que la opaca, mezquina y asfixiante que nos legara una civilización moribunda.

La lectura de esta primera serie de artículos vitalistas, servirá de comentario a un folleto de “El Minimun Vital”, y también de guía, para rastrear cuáles hechos y emociones me condujeron a formular esa doctrina. Mi ensayo, recientemente publicado bajo el título de “Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispanoamericana”, revela de qué manera concibo yo la incorporación de mi doctrina a la vida social, política, educacional y económica de nuestro

Continente, y cómo esa doctrina es el camino más derecho y seguro para realizar **la Misión de América.**

Preparo un estudio que llamaré "Economía del Mínimun Vital", y en él diré, qué reformas económicas, políticas y educacionales juzgo necesarias para que el **Mínimun de Vida Integra** se convierta en una hermosa realidad.

Guatemala, 5 de Enero de 1932. **A. MASFERRER.**

LA PALABRA NUEVA

De milenio en milenio los hombres necesitan **una palabra nueva.**

Es la palabra renovadora y purificadora. Es como una llama que viene a consumir todo lo que es desecho y escoria. Es como un viento que viene a secar y airear todo lo que es pantano y miasma.

Mientras no se encuentra y se pronuncia **la nueva palabra**, los hombres se agitan desconcertados, buscando la paz y el equilibrio por todos los rincones de la historia y en todos los arcanos de la Naturaleza. Y de sus vaivenes alocados surgen, efervescentes, doctrinas, sistemas, métodos, teorías, sueños, filosofías y religiones; revivencias del pasado y soñaciones del futuro. Es un hervidero de palabras gastadas, que el viento de la inseguridad y de la inquietud remueve y agita y emburbuja, haciendo la ilusión de que aquello es la **Vida**, cuando no es sino la muerte, los gases de la putrefacción que semejan la Vida.

Mas, cuando la **verdadera palabra** surge y se declara, una brisa de serenidad orea las frentes atormentadas y la esperanza aletea en los corazones inquietos. Se siente, se adivina que en las entrañas de la **palabra nueva** se estremece la semilla de la renovación; se siente que un Cristo va a nacer, y los ojos buscan anhelosos en las Alturas el resplandor de la estrella que señala su cuna.

Ahora el mundo necesita de una PALABRA Nueva, y por diversos rumbos del horizonte nos llegan las letras sagradas que la enuncian: NO OBEDECERAS.

¡No obedecerás!

Tú, hombre, si en verdad eres hombre ya, no obedecerás sino A TI MISMO. Cuando obedezcas a otro, será porque has incorporado su mandamiento a tu propia vida; porque comprendes y vives ese mandamiento. Y esa incorporación, esa identificación de tu propio sér con aquel mandamiento, hará nacer, en tí la DISCIPLINA, es decir, una su-

prema lealtad, una divina adhesión, una obediencia incontrastable a la **palabra nueva** y al que la encarna en sí mismo. Y entonces, obedecer, obedecer sin tregua y sin límite, más allá del dolor y de la muerte, será el acto pleno, la virtud excelente, la hazaña heroica, la liberación definitiva.

Tal es la obediencia en la luz, en la aquiescencia, en la libertad, con la mano serena sobre el corazón, y el oído escuchando la voz de la conciencia que dice: ¡SI!

Y la otra, la obediencia de los ojos cerrados y de los oídos tapiados, la que mueve la cola del perro servil y va tras del amo o del señor como una bestia domada y temerosa, ésa es la esclavitud total, la abdicación total, la renunciación acabada en la pestilencia del no ser.

Ahora los hombres están anhelosos, abierto el ojo a la luz y el oído al viento, en espera de la **palabra nueva**. Y la palabra viene ya, anunciada por las nubes blancas y las brisas rumorantes. Viene como una fuerza y una consolación; viene como un bálsamo y como una esperanza... Y la palabra es: ¡NO OBEDECERASI

Hombre, que la Palabra Nueva anide en tu pecho y cobre alas en el santuario de tu corazón, y salga de ahí volando como un águila y cantando como una alondra.

¡NO OBEDECERASI

Comprende bien, hermano. Si te predico la desobediencia, es porque jamás habrá en la tierra ni libertad ni pan mientras una turba de esclavos se halle pronto al mandato del amo, cuando éste les ordene perseguir, encarcelar o atormentar a quienes se esfuerzan para fundar la Nueva Vida.

Es menester que comprendas, hermano: en todo tiempo, al surgir una idea nueva, si esa idea trae la semilla de una vida más justa, más cordial, más digna para todos los hombres; entonces los que explotan el trabajo humano y usurpan las fuentes naturales del vivir, te ordenan, a tí, pobre ciego, que mates o encarceles a quienes, precisamente, anhelan curar la ceguera de tus ojos y romper los grillos de tus pies...

Por eso, desde ahora te advierto: cuando recibas órdenes, habla contigo mismo, con tu propia conciencia, y no obedezcas si ésta no te impone que obedezcas.

Amarás a la Verdad sobre todas las cosas, y abrirás de par en par las puertas de tu espíritu para que lo inunde la luz. Si la Verdad te dice una cosa y los hombres te ordenan

otra, acata a la verdad, nunca a los hombres.

Ahora, pobre ciego, infeliz esclavo extorsionado, en tus manos está que se quebranten las cadenas de la Vida, o que sigamos asfixiándonos en el pantano del hambre y de la ignominia.

Acuérdate: ¡NO OBEDECERAS!

No cargues sobre tus hombros los pecados ajenos.

Si te ordenan matar, azotar, atormentar, no lo hagas, Si te dicen que así lo exigen la Justicia, la Ley, o la Patria, o el Bien Público, contesta que tú no eres ni la Ley, ni la Patria, ni el Bien Público, ni la Justicia.

“Yo, les dirás, no soy más que un hombre: un hombre que desea vivir en paz; vivir y morir sin matar ni atormentar a nadie.

“Si vosotros crees que vuestro deber os manda azotar, despojar, aprisionar, fusilar, hacedlo. Y dejad que yo cumpla el mío, que es vivir según mi conciencia”.

Te dirán que debes hacerlo en obediencia a los superiores, a los jueces, a los gobernantes.

Pero eso no es verdad: los hombres no deben obediencia a los hombres sino a Dios. A los hombres les deben amor.

Amad a los hombres y obedeced a Dios: ésa es la Verdadera Ley.

LA OBEEDIENCIA IMBECIL

Diálogo con un marino yankee, al regreso de una excursión a las Segovias:

—¿Cuántos **enemigos** mató usted?

—No sé, pero seguramente maté algunos, porque nosotros apuntamos bien.

—¿Por qué mata usted nicaragüenses?

—Tengo orden del jefe.

—Está cerca Nicaragua de su país?

—Oh, no; está muy lejos.

—¿Nicaragua les ha quitado a ustedes alguna tierra?

—No .

—¿Ha invadido alguna vez a su país, o les ha echado a pique algún barco?

—No, claro.

—¿Tienen ustedes miedo de que eso suceda, y que Nicaragua les arrebatase su independencia?

—No; ¿cómo podría ser?

—¿Han sufrido ustedes hambre, o perdido mucho en

sus negocios por la competencia que les hiciera Nicaragua con su maíz o su cacao o sus plátanos?

—No, este país no puede competir con nosotros.

—¿Saben ustedes si Nicaragua tiene algún tratado secreto con el Japón, y temen que entre los dos les invadan a California?

—No; este es un pequeño país, inofensivo.

—¿Entonces, ustedes no creen que Nicaragua les haya ofendido en ninguna forma?

—Seguramente no.

—Si nadie nos ofende ni amenaza ofendernos, no hay razón ni posibilidad de defendernos. Entonces, ¿usted no cree que viniendo a matar nicaragüenses, defiende usted a los Estados Unidos?

—No, yo no sé, yo...

—¿Por qué viene a matarlos, entonces? ¿Tiene contra ellos algún agravio personal?

—Oh, no, yo no...

—Entonces, ¿por qué viene a matarlos?

—Tenemos orden. Yo tengo que obedecer.

—¿Y no se siente responsable de esas muertes?

—Yo no soy responsable, el responsable es el jefe.

—¿Fue su madre de usted quien le enseñó que se puede matar en estas condiciones, sin responsabilidad?

—No.

—¿Su padre?

—Tampoco.

—¿Sus maestros, en la escuela?

—No, no.

—¿Su religión?

—No, menos.

—¿Entonces?

—Es la **disciplina**. Tenemos que obedecer...

Hay una cosa que llaman **disciplina**, la cual consiste, esencialmente, en eso: en obedecer **sin reflexionar, sin deliberar**. En obedecer pasivamente, ciegamente, sin sentimiento ninguno de responsabilidad.

Si te ordenan encarcelar, torturar, quemar, arrojar bombas, destruir ciudades indefensas, debes obedecer. Si suprimen la libertad de imprenta, o abruman al pueblo con impuestos, o suprimen la libertad de tránsito y de reunión, o arruinan al país mediante contratos leoninos, o lo esclavizan para cien años mediante empréstitos absurdos y desangran-

tas, o lo comprometen con negociaciones peligrosas y torpes, o provocan una guerra injusta y desastrosa... , tu, **no solamente no debes oponerte a ello ni censurarlo, sino que debes estar pronto a reprimir toda manifestación hostil a lo que yo tenga establecido o haya prescrito.** Y si para reprimir esa oposición hay que fusilar, quemar, destruir o envenenar ciudades, ametrallar multitudes indefensas, tú debes hacerlo sin vacilar, porque tú no eres responsable, sino yo que lo ordeno.

¡Tú no eres responsable! Esa doctrina de la obediencia pasiva, ciega, **irresponsable**, esa deformación total del alma del hombre, es la que explica la Historia Moderna, tan inmensamente cruel, sanguinaria, ladrona, extorsionante, cínica y opresiva, a pesar de todos los milagros de la ciencia, de todas las revelaciones de la Filosofía, de todas las culminaciones de la Religión. Sin esa obediencia que no delibera, que no reflexiona, sería imposible obligar a China a consumir opio a cañonazos; sería imposible desangrar y robar a la India durante un siglo; serían imposibles los veintidós años de Estrada Cabrera; sería imposible quemar a los haitianos; sería imposible ensangrentar y esclavizar a Nicaragua; serían imposibles las horrendas matanzas de la Guerra Mundial y el saqueo organizado que se llama política imperialista.

Los hombres son estúpidos irredimibles, si se imaginan que mientras **eso** subsista, podrán, a fuerza de leyes, de libros, de teorías, establecer en el mundo, no ya el reino de Dios, pero ni siquiera algo que no sea la más abyecta y espantable realización del Reino del Infierno.

RESPONSABILIDAD

En los profetas bíblicos hay una expresión significativa, que simboliza todos los anhelos y todas las esperanzas del hombre para salir de la simple animalidad, y entrar, mediante la evolución de su espíritu, a constituir un **Cuarto Reino**, que es el **Reino humano**. La expresión de los profetas, desde Ezequiel hasta Jesús, es ésta: "**el Hijo del Hombre**". Jesús promete que veremos al Hijo del Hombre descender sobre las nubes, nimbado de majestad y de gloria. El se llamaba a sí mismo, cada vez que había necesidad de concretar su misión, "**el Hijo del Hombre**", señalando su propia vida como la realización acabada y tangible, de lo que algún día serán todos o la mayor parte de los hombres.

Ese descendimiento desde el Cielo a la Tierra para constituir el Cuarto Reino, el reino de la Humanidad o Reino de Dios, no puede verificarse sino por medio de un ascencimiento, que parte de la bestia y termina en el hombre.

Primitivamente el hombre es una bestia. Todavía y en muchos hombres, la bestia predomina, en lucha con el espíritu que avanza lentamente, pero que, así con toda esa dolorosa lentitud y malgrado frecuentes y graves recaídas, avanza y tiende a sobreponerse y triunfar definitivamente sobre el elemento animal.

¿A qué altura nos encontramos en ese ascencimiento que los modernos llaman **Evolución** y los profetas bíblicos llamaron “el hijo del hombre”? Podemos conformarnos con la certidumbre de que ya salimos del Reino Animal, y de que hemos comenzado a ser **hombres**: es decir, a organizarnos en un reino **prehumano**, del cual ascenderemos por fin al reino de la Humanidad, o sea a la adaptación plena de la especie a su ambiente; hecho más o menos semejante a lo que han realizado ya las abejas. Cuando no haya fronteras, cuando la guerra sea innecesaria e inútil, cuando el pan nuestro sea de veras nuestro pan cotidiano, cuando para vivir no haya necesidad ninguna de matar, y cuando el bienestar de cada uno no se forje con la miseria y la esclavitud de los demás, entonces el Hijo del Hombre descenderá nimbado de gloria y de majestad; destruirá y consumirá por el fuego (por el espíritu) el reino de Satanás, y el **Juicio Final**, el Olvido, la extirpación definitiva, envolverá en sus tinieblas el camino horrendo y abyecto que tuvo que recorrer el hombre, desde su salida de la bestia hasta su advenimiento al Reino del Padre, que vale decir, la Humanidad.

Ahora bien, ¿cuál es el significado de la historia, con todos sus aciertos y desaciertos, derrotas y triunfos, caídas y enderezamientos? Simple y únicamente, el esfuerzo por hallar la senda inequívoca, por entrar en el camino, o **sendero angosto**, como le llaman las religiones para encarecer su dificultad.

Si, como lo expresaba Jesús, “estrecha es la puerta y angosto el camino”; y su estrechez y angostura dependen de que la evolución de la especie es imposible sin la previa evolución del individuo. Si el hombre, **cada hombre**, no se emancipa de la bestialidad, el conjunto, el conglomerado social no puede ser sino un tropel de bestias. En este sentido

afirmaba, no ha mucho Krisnamurti, que “el problema del individuo es el problema del mundo”.

Seguramente que es así: si los individuos no ascienden, no ascenderá la sociedad; si cada uno permanece en la condición de semi-bestia o a lo sumo de semi-hombre, jamás el ideal de Humanidad alcanzará una plena realización. Para que el Hijo del Hombre —**la especie entera, adaptada a su ambiente y armonizada consigo misma**— haga su advenimiento y constituya su Reino, es indispensable, imprescindible, que los individuos, **cada uno de nosotros**, entremos por la estrecha puerta y recorramos el sendero angosto y escabroso.

La puerta es el nacimiento en el hombre de lo que se llama **conciencia**, y el sendero recorrido, que es la consecuencia de haber traspasado el umbral, es la adquisición del sentido espiritual que se llama **responsabilidad**. Toda la evolución está aquí: en que el hombre, cada hombre, adquiera el sentimiento, la conciencia de su propia responsabilidad; en que deje de ser bestia, niño, idiota, irreflexivo, y en que se diga a sí mismo, a toda hora y con voz penetrante y aguda: yo soy **responsable**, y nadie puede eximirme ni descargarme de mi propia responsabilidad.

A través de la historia, a través del cieno, de la oscuridad y de la sangre, el hombre ha venido desarrollando su conciencia hasta alcanzar ese estado de supremo dolor y de suprema visión que se llama responsabilidad. Ya desde las primeras edades un vidente escribió en tablas de piedra y a la cabeza de un Nuevo Régimen Social, este mandamiento de fuego: “**Amarás al Señor Dios tuyo sobre todas las cosas**”.

¡Sobre todas las cosas! Y con todo tu entendimiento y con toda tu alma... Es decir, que por encima de todo lo que quieran imponer las cosas y los hombres, se alza el altar del señor Dios **tuyo!** No el dios de los otros, sino el tuyo, tu propio **ideal**, tu propia y adorada verdad!

Pero no todos los hombres tienen un Dios **suyo**. Solamente lo tiene aquel cuya conciencia se ha despertado, y evolucionado por el dolor, el pensamiento y la experiencia, llega a cortar la flor celeste que se llama **responsabilidad**. Cuando un hombre se siente ya responsable: cuando siente y proclama que entre él y su Dios no hay intermediarios, que nadie puede tomar sobre sus hombros su propia culpa, entonces, y sólo desde entonces ese hijo de la bestia puede sentirse y proclamarse **hombre**; célula de la humanidad

futura; hijo digno de entrar en el Reino; criatura emancipada de las tinieblas, ascendida a la región celeste, de la cual, **un día**, descenderá **el hijo del hombre**...

Has oído, hermano?... Has comprendido?

Acuérdate, pues: **no obedecerás**...

LA VIVIENDA

Alguna maldición muy remota y enconosa pesa sobre el hombre, para que a esta hora, después de tanta filosofía y tanta ciencia, y tanto legislar y tanto dar su sangre para hacer la vida tolerable, aun esté con la incertumbre y la zozobra de no hallar un techo que le abrigue.

Como hace dos mil años, Jesús podría repetir, doléndose de su propia vida y de la indigencia de los otros: "Los pájaros tienen un nido y las raposas una guarida; sólo el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza!..."

Y sin embargo, tener dónde reclinar la cabeza; tener cuatro paredes y un techado para guarecerse del frío y de la lluvia y para esconder sus tristezas, es un derecho elemental del hijo del hombre. Así como afirmó el mismo Jesús que "el trabajador es digno de su alimento", afirmó con aquella lamentación en que envidiaba a los pájaros y a las raposas, que el trabajador **merece** y necesita su casa; sus cuatro paredes y su cobertizo, que le aseguren contra las inclemencias y contra la profanación de su vida íntima.

Sí, el hijo del hombre merece una guarida; el trabajador merece un techo; lo necesita, es **su derecho**; más aún, es una prolongación de su organismo: un aparato de su economía, así como los pulmones y otros que sirven para cumplir funciones ineludibles e insustituibles. Las funciones del reposo, de la independencia, del entrar uno dentro de sí mismo, a solas con su pensamiento; de hablar con su Dios; de rememorar el triste ayer y de esperanzarse con el mañana; de volverse pueril y jugar y neciar como un niño; de mostrar libremente a los suyos todas sus flaquezas; de implorar de los suyos benevolencia, y mimos y socorros del corazón... esas funciones no son menos que digerir y respirar, sino que son, acaso, más, porque ya no sirven meramente para cumplir la vida animal, sino que con ellas se inicia la vida humana, en que el despertamiento del espíritu convierte al hombre **en hijo del hombre**.

¡Cuartos de mesón! Sucias y estrechas celdas en que el vaho de las respiraciones promiscuas forma una atmósfera

cargada de sudor y de todas emanaciones; calabozos en fila, donde los llantos y las cóleras de unos, se le meten por los oídos y le envenenan el ánimo a todos los que están viviendo ahí en el más horrible comunismo: el de aquellos que no se aman sino que se soportan. . . cuartos de mesón, húmedos, miasmáticos, lamparosos, impregnados de mugre y de tristeza. . . cuartos de mesón que se beben la sangre de los niños y la voluntad de los adultos. . . cuartos de mesón, cuyas paredes son como empastadas en maldiciones y hálitos de rincones mohosos. . . cuartos de mesón, con su pila única y misérrima, su excusado execrable, donde el que entró una vez se siente como degradado para siempre; donde la pobre e ingenua muchacha ha de oír las groserías e infamias que vomita ahí al lado un borracho brutal o un tahir endemoniado. . .

Y este San Salvador, ciudad de mesones, donde cuarenta mil criaturas humanas, por lo menos, viven suciamente, oscuramente, odiosamente. . .

Y aquellos **Conventillos** de Santiago de Chile, donde el **Roto** vegeta y se pudre, sin saber qué cosa es tener madre, blandiendo la navaja, olvidando en el vino y en el canto la pena inmensa de vivirl. . .

Los pájaros del cielo tienen su nido, y las raposas del campo su madriguera. Sólo el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. . .

Y todo por qué?

Porque unos tienen demasiada codicia, y otros demasiada imbecilidad. Porque sólo una codicia infinita puede impulsar a unos al acaparamiento de las casas, y sólo una imbecilidad infinita puede inducir a los otros a consentir ese acaparamiento. La casa —esa necesidad suprema del hombre—, convertida en objeto de lucro, en manera lícita de atesorar dinero, es señal de codicia infinita; y el mesón, caricatura siniestra y mortal de la casa, es señal, en quienes lo consienten, de imbecilidad infinita. Bastaría que los que representan los intereses COMUNALES, los que rigen la **Comuna**, el Municipio, que es uno así como **Hogar Común**, se dieran cuenta de que jamás habrá hombre sano, equilibrado, moral, activo y fuerte, si nace y vive en un cuchitril, para que se viniera abajo el malvado régimen que consiente y apaña el acaparamiento de la tierra, sobre la cual, ineludiblemente han de levantarse las casas.

Porque ¿dónde, no yo, sino la mayoría inmensa de los

habitantes de esta ciudad, han de hacer **su casa**, si el terreno vale diez, quince, veinte colones el metro? Y si no puede cada uno, o siquiera los más, hacer **su casa**, ¿quién le moverá el corazón al terrateniente, al ACAPADOR de la tierra, para que venda o alquile sus casas, a **precio que sea accesible** al trabajador y no solamente al rico?

¿Y si la **Comuna**, el Gran Hogar Común, cuya verdadera y grande misión es proporcionarle y garantizarle a todos los asociados, a los convecinos, los elementos necesarios para obtener lo que se llama MINIMUN VITAL, lo que hace es proporcionarle a los acapadores lo necesario para que monopolicen la tierra, y acaparen con la tierra la vida, y se hagan así dueños y señores hasta del aire, hasta del mísero jirón de cielo que se ve desde los cuartos del mesón, cuando sin fe en los hombres buscamos allá arriba algo o alguien que sea menos cruel y menos codicioso?

No reprobamos la riqueza. No proclamamos ninguna era ilusoria, en que no haya pobres, y menos el reino quimérico en que todos los hombres habitarán en palacios y beberán champaña. "Siempre tendréis pobres entre vosotros", afirmó Jesús, y creemos que así es la verdad, y que es saludable que impere y sea respetada esa verdad. Siempre tendremos pobres, a Dios gracias; pero no miserables, no hambrientos: porque éstos no son el fruto del espíritu ni siquiera de la ciega Naturaleza, sino los frutos de la codicia, del vampirismo, de la tiranía y de la estupidez.

Nos mantenemos asentados sobre las realidades, sobre las más firmes e inmovibles realidades, y nada queremos proclamar que no tenga su raíz en el suelo, bien arraigada y resistente. Pero **ninguna realidad**, ninguna ley natural, ningún derecho humano ni animal, ninguna necesidad, ninguna filosofía ni religión sirven de fundamento al hecho monstruoso de acaparar la tierra urbana, de convertir en objeto de explotación y lucro la casa, que es prolongación y complemento del hombre, como la concha lo es del caracol, y el nido, del pájaro, y la guarida, de la raposa.

Y afirmamos con absoluta convicción y certeza, que no merece ningún respeto, ningún acatamiento el sistema político, social o religioso, o lo que sea, que sostenga la legitimidad de semejante régimen.

No tenemos ningún empeño en que se establezcan diversos ni quimeras, ajenos **enteramente** a las posibilidades del hombre actual. Pero no queremos que se prolongue el

régimen de los tiburones, en que la única ley y sanción y derecho, se fincan en la envergadura de las mandíbulas y en el grandor y filosofía de los dientes.

Desterrar la mayoría inmensa de los habitantes de una ciudad a la infamia de los mesones, porque así conviene a los acaparadores de la tierra urbana, es régimen de tiburones. Y someter este derecho sencillo, este hecho natural, vital, divino, de la **vivienda**, a las dentelladas y zarpazos de la codicia, es régimen demoníaco, que sólo perdura a favor de la imbecilidad de las masas, y de la malvada complicitad de sus mentores.

Si el hombre no encuentra en la convivencia del hombre, manera fácil y sencilla de procurarse un techo —no pailga ni cuchitril,— sino techo para criaturas que tienen un corazón y un espíritu, entonces lo mejor será volver a la vida salvaje, a la vida feroz en que deciden de toda justicia el arco y la flecha de cada uno y la fuerza de su brazo para blandirlos.

¡Hombres! . . . vida de hombres, siquiera en un **mínimum**. Y si no ,mejor y de una vez, vida de fieras.

- * -

Un pájaro que ha de poner sus huevos llega a un árbol de su elección, escoge la rama que le conviene, y sin pedir la venia de ningún otro pájaro, comienza a tejer el nido en donde habitará mientras los pichones nacen y crecen. Ciertamente, el nido no se lo encuentra hecho, ni cuenta con que nadie lo teja para él. Sabe que ha de acarrear fibras, lanas y borras, entrelazarlas con el pico y las uñas, acolchonarlas con la presión de su pecho. Trabajo arduo y difícil para el cual, muchas veces, hay que exponer la vida.

Pero si este pájaro ha de trabajar sin ayuda de nadie, en cambio nadie le disputará ni le arrebatará el sitio para el nido. ¿Por qué? Porque el árbol es un elemento común, de dominio colectivo, hecho surgir del suelo para uso de todos los pájaros.

¿Que le da a este pajarito derecho para dormir sobre una rama o colgar de ella el hogar de sus hijos? Sencillamente el hecho de existir, y el hecho de que el árbol no fue creado por ningún pájaro sino por el sol, por la tierra, por el agua, por el viento.

Así tiene que ser, forzosamente, la casa del hombre, para quien el suelo es como la rama del árbol para el pájaro. Ningún hombre ha creado la tierra, ni grupo o muche-

dumbre alguna de hombres. Ni sabios, ni reyes, ni sacerdotes, ni artistas, ni nadie sobre la haz del mundo, ha creado jamás una partícula, un grano de la tierra que ha de servir para sacar de ella nuestra vida ni establecer en ella nuestro hogar.

Lo que el hombre ha de fabricar es el edificio de su casa; lo que ha de comprar son los materiales de la edificación: cemento, clavos, maderas, tejas y ladrillos, y lo ha de pagar con su esfuerzo, con el sudor de su frente. Pero el sitio, no por Dios Vivo. Si las leyes o las costumbres le obligan a no edificar porque no tiene para **comprar** un trazo de terreno, es porque leyes y costumbres han sido forjadas por ladrones, para ventaja de ladrones. Por esa maldita legislación y esas mezquinas y ladronas costumbres, es que tantos hombres andan sin tener dónde reclinar la cabeza, y envidiando al pájaro del cielo y a las raposas del bosque.

¿Y por qué el Municipio, ese guardián de los intereses familiares y protector de los derechos primarios, no ha de entregar a cada hombre que se propone crear una familia, el sitio de su casa, los quinientos o seiscientos metros cuadrados que bastan a la vida hogareña, amplia y libre de una familia?

¿Por qué se ha de permitir a nadie que acapare el terreno, y lo guarde, y lo haga valer como si fuera lingote de oro, sólo porque su estulta codicia no se sacia jamás de riqueza?

Y más aún, ¿por qué un municipio donde gobiernan hombres inteligentes y cordiales, no ha de crear una renta familiar, y construirle la casa al indigente o al pobre que no tenga recursos para construirla él mismo? ¿Por qué no sustraer a la avaricia —que todo lo explota y que no se detiene ante ningún despojo ni extorsión—, por qué no arrancar de sus garras vampirescas la casa, el nido del hombre, el refugio de su mujer y de sus hijos?

Pensad que esto no sería, de ninguna manera limosna, sino justicia. Porque una renta a la cual contribuyen todos, crea derechos para todos. Y además, porque es cosa fácil hacer que el beneficiado con una casa, dé por su uso una renta bastante, accesible a sus fuerzas, y disminuida considerablemente con lo que habría de pagar por el sitio.

No será ningún milagro que un municipio justiciero y humanitario declare que todo el suelo de la ciudad o de la aldea, en la extensión necesaria para edificar los hogares de sus familias, es propiedad municipal, y que además de

clare que el construir las casas modestas pero amplias y sanas de las familias pobres, es institución municipal, sostenida por una renta general, y por un cobro módico de alquileres, impuesto a los beneficiados por tal institución.

Esto conduciría a reconocer y hacer verdad el derecho a la vida en su exigencia más elemental e imperiosa, que es el tener una cueva, un nido, una madriguera: una gruta para los animales, y una casa para el hombre. Y conduciría además, a realzar la vida de familia, por el hecho de que el municipio le formaría hogar a la pareja humana que se dispusiera a establecerse en familia. Y esta sola reforma daría al municipio un sentido moral y económico elevadísimo, de que carece ahora, pues ahora Municipio, Estado, Religión, Matrimonio, Educación, no tienen mayor finalidad que servir de sostén, de incremento, de consagración, a la riqueza acumulada que es el capital, y al dinero que es su símbolo. Y como se le han reconocido a éste un poder y un derecho absolutos —el mismo que se reconoció antes a los reyes de derecho divino, y que radica en que todo se puede comprar, sin tasa ni en la cantidad ni en el tiempo—, resulta que toda institución se mixtifica, se corrompe o se arruina mediante el dinero —y éste viene así a convertirse en el disolvente de toda vida.

A causa de esta ilimitación del poder y del derecho del dinero, todas las instituciones sociales se han podrido; a tal grado que ya muchos hombres suspiramos por una vida primitiva, semisalvaje si fuera necesario; a trueque de que en ella hubiera algo estable, algo seguro, algo que no pudiera arruinar ni manosear el mercachifle codicioso ni el financiero hinchado de soberbia.

A la cueva del lobo, no llegará ninguna otra fiera a instalarse en ella, o a echar a sus habitantes por la fuerza de garras y dientes; una chiltota inerme, vivirá tranquila en su nido sin que pretenda arrebatárselo ni siquiera el halcón o el tigrillo que ansían devorarla, y en el hueco del roble donde se aposentó el hurón, o en la gruta en que tiene sus crías la jabalina, uno y otro vivirán tranquilos, mientras no llegue el hombre y les arranque a tiros la casa y la vida. Eso, porque las bestias sienten y respetan un derecho animal, primario, sostén de toda vida, sagrado e intocable; mientras que los hombres, con sus malditas leyes y su imbécil sociología, lo han arrojado todo, sin excepción ninguna, entre las fauces de la codicia y bajo las patas monstruosas del ca-

pital, nuevo megaterio que todo lo aplasta bajo sus pisadas.

Si la sociedad no puede garantizarme ni siquiera un techo para vivir y morir, ¿de qué me sirve a mí la sociedad? Si porque no soy adinerado, la Comuna me abandona a la inclemencia del acaparador de la tierra, que me exige diez, quince, veinte colones por una vara de terreno, y me imposibilita así de tener casa, ¿para qué me sirven a mí la Comuna, ni el Estado, ni toda la organización social, cargada de oropes y de mentiras?

¿Y seguiremos los hombres, los más de los hombres, envidiando a los pájaros y a las raposas? ¿No tendremos luz ni valor suficientes para borrar de un solo golpe esa ignominia que ha convertido la casa, la necesidad por excelencia, el derecho por excelencia, en granjería y negocio de los adinerados que se apoderan del suelo?

¿Cuándo aprenderemos que no todo es comprable, y que la alteza de la vida consiste en que haya cosas que no se puedan adquirir sino pagándolas con sangre y espíritu, o recibéndolas por gracia de lo Alto, así como se reciben el aire y la luz?

Y cuándo, por fin, oh esclavos!, tendremos entereza y valor para edificar una vida social limpia de tanta hediondez e injusticia?

“Las aves del cielo tienen un nido y las raposas de los campos una madriguera. Sólo el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza”...

Hasta cuándo?...

EL NIÑO

Desde el momento en que aparece sobre la tierra, toda criatura humana tiene derecho absoluto a un **mínimum de vida**, el cual incluye **todo** lo que es necesario para su desenvolvimiento normal, especialmente el vestido, el techo y el pan. El niño es el dueño **legítimo** de esas cosas, desde que nace y por todo el tiempo que necesite, hasta ser capaz de subvenir él solo a sus necesidades con integridad y eficiencia.

Estos derechos, estos bienes del niño, no se le dan porque **son suyos**; no se le otorgan, sino que **se le reconocen**; no se le agracia con ellos, sino que se le pagan. Sus padres, la Comuna y el Estado le son deudores: no sólo por haberle traído a la existencia, sino porque él es el continuador y mantenedor de las razas. Si él no viene, la familia desaparece, la Comuna se extingue, el Estado se debilita y muere

De tal manera, el niño **es el dueño** por excelencia; el heredero legítimo, el que tiene los derechos primarios e inalienables; el que mantiene y vigoriza la nación; el que remueve y permite que se mejoren, se purifiquen y se acrescenen las cualidades características y vitales del pueblo.

Todos los demás derechos se desvanecen o palidecen si se enfrentan a los derechos del niño; una cuádruple paternidad, anterior y superior a toda ley, le hace el heredero de sus padres; del ambiente próximo que es la Comuna; del ambiente genérico que es la Nación; en fin, de la Raza que es la expresión humana del pensamiento y del querer de Dios.

Para el niño no hay caridad ni beneficencia; y cuando tales máscaras encubren lo que se hace por él, no es sino porque alguien le está usurpando lo que es suyo. Dondequiera que un niño padece de hambre, frío, intemperie, inasistencia, desamparo, es que se le está robando; dondequiera que un niño carece de casa, buen abrigo y buen pan; dondequiera que un niño carece de escuela, de recreo, de aire y de luz bastantes, de cuanto sea necesario para hacerle sano, vigoroso y alegre, es que uno o muchos, amparados o apañados por la ley, por la religión, por las costumbres, por una nubosa y sucia mentalidad social, le están robando a ese niño su vida, su derecho, su haber.

- * -

No hay niños **ilegítimos**, no los hubo nunca, no los habrá jamás. Sin duda que hay uniones ilegítimas: todas aquellas que determinaron el orgullo, la vanidad, la ambición, la sensualidad, el dinero; todas aquellas que juntaron a cónyuges sifilíticos, alcohólicos, leprosos, alienados, contagiados de cualquier enfermedad grave, incurable o hereditaria; todas aquellas en que la degeneración física o mental extrema de quienes se aparean, no puede originar más que frutos podridos, que vendrán, seguramente, a envenenar y corromper la vida. Hay, decimos, **cónyuges ilegítimos**, y la ley debe prever, dificultar, evitar y aun castigar esas uniones, para no cargar a la comunidad con el lastre morboso de generaciones ineptas. Mas en ese concepto, **son los padres los ilegítimos**, los responsables, los culpables, no el niño: tal como no es responsable de su fealdad la estatua, sino quien la esculpió. El niño, la estatua que esculpieron en colaboración intencional o inconsciente, los padres, la Comuna, la Nación, es, de necesidad, **legítimo, formal** y pe-

rennemente legítimo, y su derecho supremo el **Minímun de Vida** no decrece por las taras y morbosidades congénitas, sino que, al contrario, se torna imperioso y clamoroso, puesto que la única manera, la única posibilidad de atenuar las deficiencias físicas y mentales del niño anormal, consiste en extremar con él los cuidados y la asistencia: en darle alimentación esmerada, casa amplia, sana, soleada y alegre, vestidos limpios, variados, confortantes y graciosos; escuela sabia, capaz de extraer por su disciplina, su amorosidad, su ciencia, su prudencia, los buenos gérmenes que están oprimidos por los malos, vigorizándolos, exaltándolos hasta su potencia máxima, para que se sobrepongan a los gérmenes máxima, para que se sobre pongan a los gérmenes viciosos ,y acaben por suprimirlos o atrofiarlos.

- * -

Tenemos aún,, y vivimos bajo su imperio nefando y torpe, leyes, creencias, costumbres, tradiciones, prejuicios y rutinas mentales que relegan al niño a segundo término; que le declaran ilegítimo; que se imaginan ascender a la santidad cuando le otorgan la mezquina e inepta caridad de un hospicio; que dan a la farisaica limosna ocasional de juguetes y vestidos, hecha en cantidad y formas infelices, caracteres de singular hazaña; que llaman previsión social y educación, a la desdichadísima escuela primaria con sus pobres maestros, sus pobres casas, sus pobres instrumentos de trabajo, su pobre presupuesto y su pobrísima comprensión de los derechos y de las necesidades del niño. Sí, tenemos todo eso, y lo vamos llevando como un trofeo; como una flor de civilización cristiana y de filosofía y de ciencia. Pero si así lo juzgamos y nos enorgullecemos de vivirlo, es, simplemente, porque, encostrados nuestro corazón y nuestro pensamiento, bajo la más espesa costra de barbarie,, aún no somos capaces de discernir, y el bien y el mal se nos confunden a los reflejos nebulosos de una moral de trogloditas. Así se acostumbra uno, si no tiene para alumbrarse más que el velón de sebo humoso y mal oliente, a imaginarse que no hay ni puede haber una luz mejor, y su sorpresa es indecible cuando por vez primera ve los fulgores de un grande foco eléctrico, que colma de claridad los rincones de la casa, y conforta y alegra con la generosidad de su esplendor.

Sí, tenemos esas leyes y esas religiones y esa moral. Las tenemos aún, y han durado mucho, y han causado inmenso daño ,y nos han sumergido en tinieblas tan espesas, que

ya se hace casi imposible recordar por qué rumbo se ocultó el sol, ni saberse por dónde volverá. Mas ahora, deben morir. Debemos desembarazarnos de ellas con resolución y premura; debemos crear y organizar una nueva y más alta concepción de la vida, en la cual el trabajo, el hogar, la propiedad, la religión, la ley, la educación, las costumbres, **todo** se halle subordinado francamente al bien del niño, al acatamiento íntegro de los derechos del niño, el único cuyos derechos no admiten tasa ni medida, ni restricción ni prescripción.

Ya no es un ideal para nuestro tiempo el gesto de Jesús invitando a sus amigos a dejar que los niños se le acercarán, como para reconocer y declarar que ellos también merecían tener franco el camino a la justicia y el respeto. Próxima aún la edad en la que el padre romano era dueño de condenar a muerte al niño recién nacido con solo no levantarlo del suelo, expuesto ahí a sus ojos de tirano familiar, el gesto de Jesús pudo tener entonces un sentido altísimo, pues equivalía a establecer la doctrina de que **también el niño tenía derecho a vivir.**

La vida moderna, la concepción de la vida buena y alta de hoy, ya no se satisface con aquella limosna de la misericordia, sino que exige el don perenne y abundoso de la justicia. Así, en vez de aquella voz que dijo: "dejad que los niños vengan a mí", tenemos nosotros que clamar con tono severo y exigente: "dejad, vosotros, egoísmos e ignorancias de todo género: religiosos, familiares, sociales, morales y jurídicos, **dejad que vayamos a los niños,** y les demos la primacía, y reconozcamos que el derecho, el supremo derecho, la legitimidad total y perenne son suyos, y que nosotros estamos aquí para acatarles y servirles.

TIERRA

El pan nuestro de cada día . . .

Ese **pan nuestro de cada día**, santificado y consagrado por las religiones; ese pan a que se refería Jesús cuando expresó que "digno es el trabajador de su alimento"; ese pan de que las bestias de los campos y los pájaros de los aires no suelen carecer sino cuando falta para todos; ese pan que, ingerido por nuestro organismo se convierte en fuerza, alegría y pensamiento; ese pan, que es la vida, y que siendo naturalmente el premio del trabajo, debería sobrar a los trabajadores; ese pan rueda abundante de la

mesa de los ricos y falta enteramente a veces, o escasea casi siempre en casa de los que **riegan la tierra con el sudor de su frente.**

¿Por qué los que siembran, cuidan y cosechan el pan han de carecer de él? ¿Por qué el campesino que soporta todas las fatigas del trabajo agrícola ha de vivir hambriento mientras el burgués que jamás ha trazado un surco ni abrió jamás un hoyo, vive en la abundancia? ¿Es ésto lo que llaman orden social? ¿A esto es a lo que llaman república y civilización?

Tan injusto desorden no tendrá remedio mientras no se alcance la liberación de la tierra: de la tierra que, lo mismo que el aire y el agua, no puede ser objeto de monopolio sin que se cometa el mayor de los crímenes contra Dios y los hombres.

La liberación de la tierra. . . ¡qué hermoso, justo y bienhechor ideal, y cuán digno de que le consagren su vida todos aquellos que se lamentan de no tener en qué emplearla!

Desgraciadamente, la tierra no es como el aire, y los hombres pueden monopolizarla y esclavizarla.

Y la han esclavizado. La tierra es de unos pocos, dondequiera que existe la civilización. La mayoría de los hombres en los países civilizados, no posee un pedazo de tierra, ni un rincón dónde levantar una cabaña.

Pero ¿a qué equivale despojar al hombre de la tierra? Exactamente a quitar a los pájaros el aire, y el agua a los peces. Privados de su elemento natural, perecen o degeneran rápidamente, convirtiéndose en seres monstruosos o deformes.

El hombre es un animal terrestre, lo mismo que el caballo, el ciervo y el buey. No siendo animal acuático ni del aire, ¿de dónde había de ser? ¿Y cómo se quiere que el animal humano no se deforme y se corrompa si se le priva de su natural elemento?

Para el hombre, la tierra es el manantial de toda vida: su alimento, su vestido, su habitación vienen directamente de ella; su fuerza, su salud y su independencia, también de ella proceden. El hombre es, propiamente, aquel Anteo de la fábula griega, que si tocaba la tierra con los pies se volvía invencible, y cuando dejaba de asentarse en ella, perdía su valor y sus fuerzas.

Estos hombres de las ciudades, nacidos y criados en un

estrecho cuarto; estos hombres a quienes la verja de un jardín les hace horizonte; estos hombres que van a respirar **aire libre** a una plaza de cien metros cuadrados, ahogada entre oficinas y almacenes, ¡cuándo van a sentir la necesidad de ser libres, ni los impulsos de altivez de aquéllos que nacieron en pleno campo, ejercitaron sus músculos y pulmones trepando a las cimas de los montes, y acostumbraron sus ojos a la contemplación de los horizontes infinitos!

Dentro del mismo sistema que rige ahora en las naciones civilizadas se reconoce que el ideal de prosperidad se colma en un país cuando la tierra está muy repartida. Los pueblos agricultores son los más sanos, honrados e independientes, a condición de que los propietarios de la tierra sean el mayor número.

¿Pero quién no ve claro que ese ideal es menos accesible cada día, a medida que se hace más intenso el monopolio de la tierra?

¡Monopolio de la tierra! Verdaderamente es difícil hallar una frase más irritante ni que signifique un absurdo y una injusticia mayores. ¿En virtud de qué pueden los hombres monopolizar la tierra? Todos los argumentos, más o menos aceptables con que se defiende la propiedad privada, aparecen como burdas patrañas cuando se trata de justificar el monopolio de la tierra. Porque ésta no es, ni en apariencia, obra humana, sino que es cosa tan anterior y superior al hombre, como el firmamento respecto de una golondrina. Una calandria que anidando en el extremo de la más pequeñita rama de una ceiba, quisiera luego apropiarse todo entero el gigantesco árbol, no nos parecería tan ridículo como el hombre queriendo apoderarse de la tierra.

“El suelo, dice Carlyle, no es sino de Dios, y de ser de alguien más, sería del trabajador que lo cultiva”.

“Sólo una cosa hace falta, dice Tolstói, para que los trabajadores sean libres, y es destruir el acaparamiento de la tierra por los propietarios que no la trabajan. Esto es lo que deben pedir y exigir de sus gobiernos, y esto no es pedir ninguna cosa extraña, sino la satisfacción de su derecho más indiscutible y esencial: el derecho que todo ser tiene a vivir sobre la Tierra **y a sacar de ésta su alimento, sin pedir permiso a los demás hombres**”.

El suelo, para expresarnos más claramente, es uno de los agentes naturales, anterior y posterior al hombre. Es un

agente natural, lo mismo que el agua, el aire, la luz, la electricidad, el calor solar, y como éstos concedido al hombre, a todos los hombres, como materia de trabajo. Y así como no concebiríamos que nacieran animales con alas si no hubiera aire para volar en él, ni animales con aletas natatorias si no hubiera agua para nadar en ella, no podemos concebir tampoco que la Naturaleza forme hombres con instrumentos de trabajo, si no hiciera antes un elemento que sea la materia de ese trabajo.

Ese elemento es el suelo, la tierra.

Realizar la emancipación de ésta constituye el ideal más urgente, accesible por ahora a los hombres. Esta liberación vendrá a complementar la abolición de la esclavitud infundada hasta ahora y mientras no sea abolida la esclavitud de la tierra.

Porque, digamos la verdad, todo derecho humano viene a ser una palabra vacía, una irrisión, si no se asienta sobre el derecho a la vida, sobre la libertad —posibilidad efectiva— de vivir. Y esta libertad no existe para el hombre que carece de pan, de abrigo, de techo.

Y es la tierra la fuente siempre abierta de donde el hombre puede obtener esos elementos, mediante su trabajo. Así, pues, hombre libre y suelo esclavo, no son posibles: sino que el suelo libre es la condición esencial del hombre libre.

“El hombre, dice Henry George, es en primer lugar, un animal, un animal terrestre, que no puede vivir sin tierra. Todo lo que el hombre produce, viene de la tierra; todo trabajo productivo consiste, en resumidas cuentas, en trabajar la tierra, o la materia extraída de la tierra, para la satisfacción de las necesidades y los deseos del hombre. El mismo cuerpo del hombre proviene de la tierra. Hijos de la tierra, salimos de la tierra y a ella volveremos”.

“Quitad al hombre todos sus elementos terrestres, ¿qué otra cosa quedaría más que un espíritu sin cuerpo? Dedúcese de esto, que el hombre que posee la tierra de la cual o en la cual otro hombre ha de vivir, es el amo de este último, el cual es un esclavo. El hombre que retiene el suelo en que yo debo vivir, dispone de mi vida o de mi muerte, en absoluto, como si yo fuese algo de su pertenencia. Hablamos de la abolición de la esclavitud; no hemos abolido más que una de sus más duras formas: la esclavitud directa del cuerpo. Hay otra forma de esclavitud más vergonzosa,

más insidiosa y más atroz: la esclavitud hábil que transforma al hombre en un verdadero esclavo, embaucándole y engañándole con la palabra libertad”.

Pero, se dirá, aun cuando todos los hombres posean el suelo, no todos querrán ni sabrán trabajarlo. ¡En hora buena! Permanezcan esclavos aquéllos que no tengan valor de hacerse libres trabajando, y sucumban los que ya no tienen fuerza ni afición sino para la vida de rebaño. Por otra parte, no estamos escribiendo un **arte de hacer felices a todos los hombres**, ni creemos que ese arte se pueda jamás escribir. La felicidad, la escasa felicidad que nos está permitida en este mundo, no nos viene de fuera sino en porción muy reducida; nos viene de adentro. Según sea la cantidad de amor, de fe y de religión de cada uno, así será más o menos feliz.

Lo que nosotros queremos es que haya justicia; que se dé a cada uno lo que es suyo; que se devuelva a todos los hombres la tierra que se les ha usurpado: después, allá verá cada uno el uso que hace de su heredad.

¡Emancipemos la tierra! Que al nacer, cada hombre encuentre que es poseedor de una porción del suelo; que al llegar a la edad del trabajo, halle que tiene en qué trabajar: que cualesquiera que sean las circunstancias de su vida, sepa que siempre habrá un rincón de tierra que le servirá de refugio y de amparo.

Tierra libre, y **libre también cuando sea necesario para trabajarla**. Libres los caminos, libre la fabricación, introducción y uso de las herramientas; libre la compraventa de los productos agrícolas; libres todos los elementos, factores, usos y productos del cultivo.

TERRAJE

Hay en esta palabra una extraña dureza, un sonido áspero y desollante, una sensación brusca y ruda, como si un calabrote le comprimiera a uno la mano contra la borda del buque. Las tres letras más duras del idioma, la t, la erre, y la j, se juntaron en tres sílabas breves, para encarnar la idea y el recuerdo del vasallaje de la tierra, que es el más injusto e irracional de los vasallajes. El **terraje** es un derecho feudal, subsistente, como la mayor parte de los derechos feudales, donde quiera que la tierra es el privilegio de unos pocos y, por consecuencia, origina la sujeción de los más. Esencialmente, feudalismo significa monopolio de la tierra,

en grandes bloques de que son dueños únicos los **señores**, y en los cuales viven, en calidad de vasallos o colonos, los que dan ahí su trabajo, a cambio de una ración de vida. Tal como había duques, condes, barones, en los ducados, condados y baronías, los hay ahora, sin ese nombre, en las grandes extensiones de tierra que se llaman fincas o haciendas, y su poder y privilegios dependen del grandor de la posesión y de la cantidad de colonos que en ella pueden vivir.

El patrono es ahí **el señor**, el dueño, el que da y quita, el que permite residir en su **dominio**, o destierra de él a quien no le obedece o le complace. El castigo tremendo, aquél que simboliza todo el privilegio, todo el poder y autoridad de señor, se encarna en esa palabra: desterrar, quitarle a uno la tierra. Al **campesino**, el hombre de campo, el que nació y creció en el campo, a quien toda su experiencia, ideas, saber, capacidades y sentimientos, aspiraciones y creencias le vienen del suelo, del contacto íntimo y perenne con la tierra, quitarle la tierra es como para las aves quitarles el aire y a los peces quitarles el agua: **ya no son**. El pájaro sin aire, recluso en una jaula, ya no es pájaro: como el pez sin la extensión libre del mar, recluso en una cubeta de vidrio, ya no es pez. Ya no son uno y otro sino caricaturas del pájaro y del pez; la anquilosación de aquella venturosa libertad que eran el volar y el nadar.

Así es el campesino: fuera del campo, de su campo, es un prisionero; es torpe, inhábil, incomprensivo, inútil para sí mismo y para los otros. El arado, que era la uñeta con que él hacía vibrar la tierra, y traducirse en maizales, trigales, arrozales... espigas sonoras que ofrecen su canto mientras llega el instante de ofrendar su grano: el machete, con que hacía el desmonte y la limpia; el hacha, con la cual ejercía y afirmaba su imperio sobre la rebeldía del bosque y de la selva, se le trocaron ahí, en la ciudad, a donde vino desterrado, en pavimentos áridos, en alineaciones de casas pretensiosas, y en ajeteo de gentes y vehículos que no conocen la serenidad ni el reposo.

Aquel ir y venir, aquella importancia desmesurada del traje, del trapo, del afeitte; aquel ceremonioso y afectado trato de las gentes; aquel lenguaje meloso y complicado, y el apresuramiento y el alocamiento en que todo eso se encuadra y se agita, para el campesino son mortales, le asfixian, le envenenan y le corrompen. Si se queda ahí en

la ciudad, el hombre del campo degenera. No hecho al trabajo ciudadano, necesitará un período muy largo de adaptación, para trabajar con fruto bastante para sí mismo y provecho suficiente para la colectividad. Por eso es que les vemos vendiendo billetes y libros viejos, limpiando zapatos, haciendo mandados, o ejerciendo de comisionistas en inexplicables comisiones. Entran de criados, buscan porterías, compran y venden vejestorías, y ejercitan, en fin, todas esas actividades de utilidad incierta y sospechosa, cuando no acaban francamente en rateros, en espías, en rufianes y en criminales.

En el campo, este hombre sembraba y cosechaba fuerza, vida, el pan suyo y el nuestro. Aquí en la ciudad, nos resta vida, encarece las cosas, inquieta a la policía, dificulta con una competencia de pordiosero el trabajo de los verdaderamente capaces; lo inficiona todo de parasitismo y de vagancia, y convierte la colmena en enjambre de zánganos.

Por ventura, los más no se adaptan, y hacen el esfuerzo de volver a su tierra. Es decir, a la tierra del patrono que los orrojó, o de otro que los tendrá, como aquél, en su puño, y les impondrá, como aquél, su voluntad arbitraria, y los arrojará también, cuando no se le sometan o humillen.

Pues el derecho de terraje sirve para eso: para mantener el dominio del patrono, del Señor Feudal, sean cualesquiera las mentiras escritas en los códigos sobre **libertad e igualdad**; sean cualesquiera las variedades que la religión y la moral fonografien sobre **fraternidad y caridad**. El hecho, **el hecho** es que quien tiene el pan tiene la vida, y que el señor de la tierra es, por excelencia, el dueño del pan. El hombre que tiene en su mano **mi pan**, el que yo **necesito** para vivir hoy, yo y mis hijos y mis padres ya inválidos, ese hombre tiene en su mano mi vida, con todas sus modalidades y actividades. Si él quiere, pensaré como él, creceré como él, votaré como él, amaré a quién él ame y aborreceré a quien aborrezca. Lo sentiré así, o lo fingiré; pero en los hechos, en la manifestación de esas opiniones, creencias, ideas y sentimientos, haré como él quiera, y seré en su mano la piedra que voltea en la honda, o la flecha que se extremece entre el arco y la cuerda.

Irme? Cambiar de amo? Tal vez. Acaso mejore, acaso empeore... Cosas del azar. Siempre el amo es el amo, y cuando se canse de ser bueno se hará malo, o le harán malo, y yo seré siempre el animalejo expuesto a la arbitra-

riedad consciente o inconsciente de su pie. Si no me aplasta hoy, será mañana.

En la ciudad, en las formas de trabajo del comercio, de la pequeña industria, de los oficios obreriles, del servicio casero, esa dependencia no es tan dura: se la puede romper o atenuar cambiando muchas veces de amo, a ver si alguna vez se da con un hombre justo, bondadoso, o siquiera racional. La vida de la ciudad tiene mil inflexiones y altibajos, y hasta es posible, por veleidades de la fortuna o artimañas y expedientes, llegar uno de sirviente a patrón, y ser hoy extorsionador el que era ayer extorsionado.

Pero no así en el campo. La vida terrícola modela y conforma de tal manera al hombre, que ya no puede transformarse sino rarísimamente, y casi nunca en medida bastante. El peón, el labriego, lo son de cuerpo y alma, para siempre. Son arcilla que amasó la tierra misma, y les imprimió su propio ritmo, tardo, lento, reposado, circunscrito, pausado; son como seres intermedios entre el buey y el hombre; fuertes e infantiles, duros e ingenuos, rígidos e inocentes. Saben tarezar, arar, hachar, segar y desmontar, y soñar y vislumbrar cosas misteriosas y prodigiosas. Almas incipientes en cuerpos bastos, si se les desprende de la tierra —donde son como arbustos que hubiesen comenzado a ir y venir, exentos ya de la sujeción de las raíces—, se les destierra de la confianza, de la alegría, de la capacidad de trabajar y de vivir. El peón, el labriego, **son** del suelo, criaturas y hechuras de la tierra, y con ésta **pertenscen** al dueño, al terrateniente, que les rige y gobierna a su arbitrio.

Para eso es, principalmente, el **terraje**. Con solo el salario infeliz, el colono no puede vivir. Tiene mujer, tiene hijos, tiene padres; sufre, se enferma, padece como todo hombre, y en la choza mezquina que le permiten habitar, reinan todas las estrecheces y privaciones. Los **seis reales** de aquí, o los seis reales más el frijol y las tortillas de allá; un colón que sea, doce reales que fueran, siempre es pobreza suma, imposibilidad invencible de organizar una vida que sea vida.

Y entonces el colono acude al terraje. Si el patrón le da tierra, y él siembra, y la cosecha es buena, sacará sus **medios** de maíz, o de frijoles, y con eso **se ayudará**, “si Dios quiere”. Mas, quiéralo o no lo quiera Dios, el Patrón, que es el dueño visible, inmediato y tangible de la tierra, no lo quiere: es decir, sí lo quiere, pero en tal forma que

él resulte ganancioso seguramente, sin exponerse a contingencias. "Por el terraje me darás tantas fanegas, o me enzacatarás tantas manzanas". Si la cosecha es buena o mala, a él no le importa: el mejor maíz, el de primera, será para el terraje; el mulquite, si acaso algo quedare, será para el sembrador. Si a éste nada le alcanza, será porque esa "es la voluntad de Dios" y al Señor Feudal eso no le interesa. Y así, pasando los años, gastándose las energías y la esperanza, llega un día en que el sembrador opta por el hambre... y no siembra más....

Y entonces, la tierra descansa. Y eso es muy bueno para la tierra, que se abona y fertiliza ella sola.

¿Verdad, Patrón?...

LA VIDA FRENTE AL DINERO

Lo que caracteriza al sistema capitalista, como poder corruptor y opresor, es que todo se puede comprar. Si un hombre tiene dinero suficiente, puede comprar todas las casas de la ciudad, todos los víveres de la cosecha, todas las tierras de la Nación. Si da por ellas SU DINERO, son suyas, y dispondrá de ellas como le venga en gana. **Son su propiedad**, algo sagrado, intocable, que las leyes han colocado por encima de la necesidad, del dolor y de la vida.

Posible es, y sucede muchas veces, que ese acaparamiento de las cosas trastorne y arruine los hogares, obligue a las gentes a emigrar, o rebaje su habitual manera de vivir a una condición mísera y vil, que desemboque, recorriendo tortuosos y sombríos caminos, en la prostitución y en el crimen, en la degeneración multiforme a donde lleva siempre la miseria. Es triste; pero en el conflicto entre la vida y la propiedad, las leyes han optado por ésta, por su símbolo que es el dinero. Una ficción grosera, desmentida mil veces cada día, supone que el dinero es siempre el resultado del trabajo, de la propia y honesta labor y que, por consiguiente, es como una emanación del individuo mismo, —la red de la araña, surgida de sus propias entrañas. Sobre esta ficción, una de las más groseras a que haya rendido culto la invencible idolatría de los hombres, se ha edificado el Templo de la propiedad, donde el Dinero, Dios Único y Todopoderoso, se complace en escuchar los ayes y las maldiciones de las víctimas del Acaparamiento.

Así, la **propiedad**, la cosa adquirida a cambio de dinero, es en el Sistema Capitalista el derecho por excelencia, el fin

último, la virtud suma, el ideal y el por qué del vivir, lo que justifica y explica todas las actividades y todos los sacrificios. Si en "El Mercader de Venecia", de Shakespeare, el judío Shylock —que le ha comprado a su adversario **una libra de carne**, cortada inevitablemente de su propio muslo—, se ve obligado por la astucia y la rectitud del juez a rescindir el nefando contrato, en nuestra vida diaria no sucede así: ni la carne ni la sangre se sobreponen a la codicia implacable, sancionada y consagrada por la ley. Si el **propietario** exige, hay que abandonar tierra, casa, muebles, y con ellos, posición social, manera de ganarse el pan, y caer en no se sabe qué abismos donde Shylock, que no pudo cercenar el muslo, destruye y pulveriza, a veces, la vida de una familia entera. **La vida** ha fracasado, pero la **propiedad** salió victoriosa.

Lo que puede hacer un hombre que tenga dinero suficiente, lo hará con igual derecho un grupo de hombres. Lo que tiene derecho a efectuar un Pierpont Morgan, con más razón y eficacia lo preparará Wall-Street, la **gran propietaria**, es decir la Mayor Poseedora de dinero en el mundo, hallando estrecho el campo de sus **operaciones** en el nativo y ancho solar en que nació y creció discurre comprar en otra parte, **invertir dinero** en otra parte. Esta cosa divina que es el dinero, en el cual reside todo poder y toda virtud, Wall-Street lo transporta a Cuba, a Santo Domingo, a Haití, a Panamá, a Nicaragua, y ahí lo pone **en circulación**, y lo hace producir. Es verdad que las nuevas y vastas operaciones de la Gran Propietaria implican la conquista, la intervención armada, el asesinato y el incendio, y que no sería posible efectuarlas con rendimiento seguro y crecido, sin el auxilio del Ejército, de la Marina, del Gobierno de Washington. Pero ¿dentro de qué lógica, las leyes y las autoridades que descargan todo su peso en favor del **Propietario** individual limitado, mediocrementemente adinerado, lo habrían de rehusar al Propietario colectivo, de poder ilimitado, desbordante en fuerza de dinero? Este, como aquél, emplea **su dinero**, su propiedad, su dios, y como aquél necesita y exige que toda la influencia del Orden Político le apoye en la empresa de **hacer producir** su capital.

Así, cuando protestamos contra el Imperialismo Yanqui, lo hacemos con justicia, en cuanto que el Negocio de los banqueros newyorkinos se efectúa a costa de nuestra sangre y de nuestra hambre; pero no lo hacemos con lógica: esa

operación **en grande** es tan propia del sistema capitalista, como el embargo de la única manzana de tierra de donde obtenía su pasar la familia de un labriego desafortunado. Reconocido, acatado el Poder Absoluto del dinero, supuesto símbolo del trabajo, la Propiedad deviene el Supremo Objetivo de la sociedad y de la ley, y **la vida** tiene que someterse; y en el evento, ser arrollada por las ruedas aplastantes del carro en que ese nuevo Jajernaut, pasea su majestad hierática y sin entrañas.

Ahora bien, nosotros alzamos y proclamamos, con la Doctrina del Mínimum Vital, frente a esa deificación del dinero, **la deificación de la Vida**. Frente al Dios de la propiedad erigimos el altar de **la Vida**: no abstracta, no estadal, no filosófica, ni moviéndose en no sé qué regiones nebulosas de la metafísica; sino **animal**, concreta, visible y tangible, determinada en ese niño que pasa, en aquella mujer que lleva una canasta, en ese anciano que se calienta al sol, en esta muchacha que sonrío a quienes contemplan sus gracias, en aquel obrero que sale de la fábrica, en aquel carretero que azuza sus bueyes perezosos. Y a todos ellos, nuestra Doctrina Vitalista, desde las nubes relampagueantes de un nuevo Sinaí, les grita con una voz que surge de las entrañas de la Justicia, del propio corazón del Cosmos: "Yo soy el Señor Dios tuyo; yo soy tu verdadero y Supremo Dios, y a ningún otro le erigirás altares delante de mí. Yo te digo, en verdad, que el Poder Absoluto del dinero ha muerto; que desde ahora, si tú lo quieres, el dinero ya no será un dios sino un servidor del hombre, y que ese monstruoso derecho de adquirir y de poseer, que compraba la carne y la sangre, ya no podrá comprarlo todo. Porque el hombre, por fin, tras de inundar el planeta con sus lágrimas y con su sangre, ha encontrado lo que anhelaba, algo verdadero y esencialmente sagrado, esencial y profundamente divino: ¡ha encontrado la vida, **su vida!**"

MAQUINAS Y HOMBRES

No harás ídolo ni figura delante de mí:

Esto les impuso su Dios a los hebreos, en la hora decisiva del éxodo, cuando internándose más allá del Sinaí, rompían definitivamente con Egipto, que era la esclavitud, pero que también era el pan.

La vida, que es nuestro Dios, o si se prefiere nuestro

Supremo Ideal, nos impone a nosotros igual mandamiento: **No harás ídolo ni figura alguna delante de mí.** Es decir, no me sacrificarás a la máquina, ni al progreso, ni a la civilización, ni al ayer ni al mañana, ni a la ley, ni a la gloria, ni al más allá, ni a cosa alguna inventada por manos o cerebro de hombre, por **yo soy la vida**, el origen, el manantial de todas esas cosas que han nacido de mí, y no yo de ellas. Porque sin mí, ellas no pueden ser, mientras que yo sí puedo ser sin ellas. Yo soy la raíz y el tronco y el ramaje, mientras que ellas no son más que las hojas. Yo soy el mar, y ellas no son más que las ondas y las espumas. Ellas no son más que las nubes, mientras yo soy la Atmósfera. Yo soy la Tierra, mientras que ellas son apenas mis rocas y mis montes, que yo forjo, elevo y desmenuzo. Yo soy el Creador, y todo lo demás son las criaturas.

- * -

Los hombres actuales viven en plena idolatría. Cosas que ellos mismos labran con sus miserables manos, se les antojan luego arcángeles o dioses, y les elevan altares, a donde el rebaño sumiso viene a dejar su alegría, su libertad y su salud, temerosos de que una sentencia recaiga sobre ellos y les declare enemigos de la patria, de la cultura, de la propiedad, del orden, del honor, del progreso.

Y la vida, ese manantial perenne y misterioso de que todas esas cosas brotaron, la llama de que todas esas chispas salieron, ésa la empequeñecen, la empuercan, la hacen turbia y fétida, mezquina y ruin, por causa de su idolatría irremediable.

“No harás ídolo ni figura alguna delante de mí”, es el mandamiento primero y supremo de **la vida**, y a él nos atenemos los creyentes del Vitalismo para juzgar de los conflictos del presente, y para idear y preparar un Nuevo Orden Social que suprimirá o atenuará los más graves de esos conflictos.

Però la Vida, no es para nosotros una nueva abstracción, un nuevo ídolo, una entidad sin cuerpo como tantas otras, sino una realidad, a un tiempo grande y mínimo que conserva su trascendencia en la más reducida zona del existir, y su carácter divino dondequiera que se manifieste y palpite. Por eso me parece tan digna de reverencia la vida de un gorrión como la de un cóndor; y la necesidad de un zapatero, así fuese del más oscuro remendón, me inquieta y preocupa tanto como la del fabricante, o como la del

millonario accionista que se esconde tras del gerente.

Me inquieta que se arruine el hombre que cosecha y vende diez mil quintales de café, pero no más que el hambre del último de sus peones. Y si la merma de las ganancias de aquél es un suceso que lamento, así también y aún más encuentro lamentable que éstos, por falta de trabajo, y por falta de un poco de inteligencia y de voluntad en los que dirigen, se vayan a la calle, a roer con sus mujeres y sus hijos una miseria que no han merecido y que pudo evitarse.

Esta manera de pensar y de sentir radica en que yo, absolutamente convencido de que **mi vida es mi bien supremo**, sin el cual ninguna cosa tiene para mí significación ni valor, imagino y comprendo que asimismo **su vida es su bien supremo**, para cualquiera otro, aún para el mendigo y el bandido.

Y puestos uno frente al otro esos valores absolutos, que no admiten para aquilatarse el inicio de un extraño, advierto que la única manera de que mi vida alcance su máxima extensión y su mayor excelencia, **es que yo me preocupe tanto de la mía como de la ajena, y me empeñe en vivir, hasta donde me sea posible**, como si **todas las vidas fueran una**. Aquí se conjugan y armonizan la religión, la filosofía y la experiencia; y apenas se desconoce o desacata este sentimiento de unidad, surgen la lucha y el aplastamiento, y el diente y la garra dicen la última palabra.

- o -

La máquina, **endiosada**, se está volviendo en la sociedad actual el diente y la garra de la fiera. Las vidas de los hombres, hasta de los niños, le son sacrificadas, ni más ni menos que lo fueran en los brazos candentes de Moloch. Que vuele el automóvil, aunque todos los días haya un niño o un anciano apachurrado; que la fábrica arroje a millones los productos, aunque los obreros sean despedidos sin aviso, sin indemnización, sin cuidado ninguno de lo que les espera; que la Singer se agite día y noche abaratando las prendas de vestir, mientras a la par abarata la tuberculosis; que los niños y las mujeres se agoten en las hilaturas, y perezcan antes de tiempo, con tal de **que se abarate el producto**.

Abaratar el producto es la misión de esa economía sin entrañas, y acumular dinero para disfrutar de mayor cantidad de productos, es la religión de esos creyentes para quienes la vida de sus semejantes no es sino combustible

Abaratando los productos, el obrero ensancha su vida. Pero ¿y si mañana el obrero y el campesino descubren que para ensanchar la suya, el mejor y más corto camino es destruir esas máquinas y derribar de sus alturas los dioses de hierro a que da cuerpo y alma la codicia?

Naturalmente, no está el mal en la máquina sino en el hombre que la convierte en dios. Sin maquinaria no se puede vivir: la espina, precursora de las agujas y que sirvió a los primeros hombres para coser y unir groseramente los trozos de piel que fueron su primitiva vestimenta, fué tan máquina como la que ahora mueve la electricidad; y los dedos de madera reseca de cuya fricción los salvajes hicieron brotar las primeras chispas, son el rudimento de la maquinaria maravillosa que todas las noches inunda de luz nuestras ciudades, a la presión ligera del botón eléctrico.

Sin duda, el hombre necesita de máquinas, y es, por definición, un constructor de máquinas. Pero, ¡ay del hombre si de sus instrumentos forja ídolos!, y ¡ay de las sociedades humanas, si la preocupación de los asociados es únicamente abaratar los productos, para que traiga mayores comodidades y más variados goces a los afortunados o a los hábiles que más acumularon dinero!

La vida antes que el dinero y que la máquina. La vida, es decir, **mi vida**: porque si me arruinan o me quitan **la mía**, de nada me sirve que eleven hasta el cielo las de otros. Mi vida, mi bien supremo, es ésta que yo vivo y disfruto, así con mis limitaciones y dolores, y con toda su carga de enfermedades y de vicios. Y así tan oscura como sea, yo la cargo en el platillo de la balanza y pesa más que el mundo.

Inventemos y usemos todas las máquinas que se quieran. Pero no las adoremos, no les quememos incienso, no nos envilezcamos haciéndolas instrumentos de ruina para los débiles, y pedestal de tronos para los fuertes.

Vivir y hacer vivir, proclamamos los vitalistas, como la máxima directriz de nuestra fe y de nuestro sistema. Vivir unos aunque perezcan los más, dice la economía carcomida que diviniza la máquina y endiosa al dinero.

Pero la Vida triunfará. No así mezquina y cruel como la conciben y adoran sus fanáticos fieles de ahora, sino con las alas abiertas y anchas, como la queremos nosotros.